



Estudios de Teoría Literaria
Revista digital: artes, letras y humanidades
 Año 5, Nro. 10, septiembre 2016
 Facultad de Humanidades / UNMDP, ISSN 2313-9676

Marcela Ternavasio
Candidata a la corona. La infanta Carlota
Joaquina en el laberinto de las revoluciones
hispanoamericanas
Buenos Aires
Siglo XXI
2015
288 pp.



Rosalía Baltar¹

Recibido: 16/08/2016
 Aceptado: 28/08/2016

Toda reificación es un olvido
 T. W. Adorno

Mira, querido Fernando,
que si no haces esto pierdes las Américas
 Infanta Carlota a Fernando VII

Desde Homero observamos esa forma de la memoria que reúne en una sentencia todo un saber o todo lo que importa saber, el epíteto, cuya condensación significativa halla en las tradiciones populares un espacio de creación y desarrollo sin igual. Una de las protagonistas de esta historia, la princesa Carlota Joaquina de Borbón, hija de Carlos IV y

hermana de Fernando VII, fue apodada, en su tiempo, del mismo modo que su hermano, con epítetos contradictorios y significativos. El más conocido, “La arpía de Queluz”, muestra a las claras la imagen más sólida que nos ha llegado de Carlota, al parecer llena de dificultades físicas y con un carácter y determinación que difícilmente se asimilara con facilidad dentro de los parámetros de lo que la mujer debía ser en su tiempo.

Rápidamente Marcela Ternavasio despacha posibles expectativas que el morbo lector pudiera generar respecto de los entretelones de la farándula regia para centrarse en otro protagonismo: el de las posiciones que adoptaron las casas reales frente a los procesos revolu-

¹ Doctora en Letras. Contacto: rosalia.baltar@gmail.com

cionarios. Planes, proyectos, decisiones políticas que, al fin, fracasarían o no prosperarían, son examinados aquí como parte del contexto de ideas bajo las cuales maduraron, en definitiva, tales eventos. No obstante, la “princesa inquieta” se revela por encima del acontecer. Informante, fiel, espía, conspiradora, oportunista y celestina, entre el material documental aportado por las memorias de su secretario, por ejemplo, y el archivo de las cartas y copias de documentos de la infanta, hallamos dos personajes importantes. El de la mismísima Carlota, labrando en los escritos una versión de los hechos a su medida y el de la historiadora, quien, con su análisis, la pone en evidencia:

Las fórmulas retóricas utilizadas por la infanta eran siempre ambiguas e indirectas y silenciaba cautelosamente —o dejaba hablar a otros a través de la selección de cartas y documentos remitidos— sobre muchos de los avatares de su política durante la ausencia del rey. Todo el relato apuntaba a concluir con un juicio autocomplaciente: “Sin embargo que estoy satisfecha de que conozcas la dignidad con que me he comportado durante tu cautiverio. (246)

El libro va trasladándose capítulo a capítulo desde Europa hacia América, desde España a Portugal, de Brasil al Río de la Plata, hasta encontrar, no sin sorpresa, a un grupo de porteños, cómo no, abonando los sueños de Carlota de ser regente ante la ausencia de Fernando VII. El capítulo 4, dedicado a estas lides, muestra el apoyo a la luz de un discurso ilustrado y también la rápida transformación que convirtió a los porteños de fervientes partidarios de la regencia a conspicuos revolucionarios; el

capítulo 5 completa esta mirada al observar con detenimiento el papel que jugó la propuesta de regencia en las estrategias de fidelización y de insurgencia de los actores americanos expresadas en la guerra.

Otros aspectos preceden ese momento. El primer capítulo, “*Las ausencias de los reyes*”, comienza con el traslado de la corte portuguesa a Brasil y con la familia real española marchando a Bayona. Ambas situaciones dejaron profundas crisis de distinta extensión y magnitud: crisis política en Portugal, crisis constitucional que afectó por igual a todo el imperio en el caso de los Borbones. Esto provocó dos escenarios diferentes para los procesos revolucionarios, dado que para la corte reinante en Brasil no se dio el debate constitucional planteado en el mundo hispano que fue inminente frente la vacancia real. La respuesta del pueblo español fue el movimiento juntista al que le siguió la revolución de la nación proyectada en las Cortes de Cádiz. El segundo y el tercer capítulo se detienen en las tensiones que provocan los divergentes puntos de vista en torno al “legítimo depósito de la soberanía”(27): vemos entonces a Carola emitiendo manifiestos —llamados bragantinos—, la reacción negativa de los magistrados españoles frente a las aspiraciones de regencia de la infanta y todo el cuerpo de disímiles intervenciones que se dieron en ese marco y la desconfianza de estos mismos actores respecto de los proyectos carlotistas tanto en España como en América.

Como capítulo final, Ternavasio analiza las formas en las que Carlota, entre 1810 y 1814 mantuvo y construyó sus proyecciones políticas. Vuelve su cara nuevamente a España, abandonando así sus presunciones de hipotética

virreina en el Río de la Plata y buscando las estrategias para regresar al viejo continente y asumir la regencia. Por fin, en el epílogo, se registra, de modo magistral, los avatares que produjo para la Infanta el regreso de Fernando al trono.

Walter Benjamin se ha referido a los componentes del éxito, como el resultado de una experiencia que difícilmente pudiera enmarcarse en las decisiones de una voluntad individual. Ternavasio da cuenta, así, del enjambre de consideraciones que tuvo la lucha de Carlota por recuperar un universo ya desaparecido. Sobre la correspondencia que sostuvo con su hermano Fernando VII, iniciada en 1814 —cuando desde Brasil, se enteró del regreso del rey a España—, dice

es posible entrever sus *esfuerzos* y los de las monarquías reinantes en el contexto de la Restauración para *regresar* a un mundo político dominado por el absolutismo y regulado por el principio dinástico, la primacía del linaje y las estrategias matrimoniales de las Casas Soberanas. Ese esfuerzo no sólo *chocó* con la lógica que privilegió el equilibrio entre potencias impuestas a lo largo del siglo XVIII sino también con el más reciente fenómeno revolucionario y constitucionalista extendido a ambos lados del Atlántico. La derrota de Napoleón Bonaparte, la reunión de las principales potencias en el Congreso de Viena y la formación de la Santa Alianza podían representar un impasse para las monarquías del Viejo Mundo, pero en América las guerras continuaban asumiendo cada vez más un carácter anticolonial y tanto estas como las tendencias liberales europeas invocaban el nuevo

principio de legitimidad fundado en la soberanía popular. Los imperios contruidos desde el siglo XVI estaban *en jaque* y Carlota Joaquina *podía percibirlo* muy bien desde su residencia carioca. (241. Mías las cursivas).

Me he permitido subrayar en la cita los términos en los que advertimos un proceso que termina en derrota. Esfuerzos por regresar a un tiempo perdido; esfuerzos que chocaron con el entretendido de ideas nuevas y una mujer que era capaz de percibir la puesta en jaque constante de su lucha: la infanta Carlota Joaquina. El presente estudio proporciona este entorno de lucha de ideas y de lenguajes, de experiencias y objetivos del proceso del que es preciso apropiarse en su conjunto para no arribar a consideraciones parciales. Como en un mundo prefijado, los actores americanos y europeos mueven sus piezas paso a paso: ¿acomodaticios? ¿aduladores? ¿hipócritas? ¿incoherentes? No. Sólo jugadores de una política conjetural e incierta.

Por otro lado, una especial atención a las palabras y sus contextos nos recuerda el carácter dinámico del lenguaje y cómo es importante precisar los términos en los que las fuentes establecen una significación para comprender claramente las referencias y sus puntos de vista (por ejemplo, cuando la autora, a partir de un estudio de Alejandro Agüero, indica qué se entendía cuando se decía que algo era “ordinario” o “extraordinario” en el discurso jurídico).

Para los estudios de las letras decimonónicas de Latinoamérica se hace necesario pensar las relaciones que el saber letrado y la cultura periódica y libresca de un determinado espacio local estableció con otros ámbitos. Sin ir más lejos, Buenos Aires era un puerto y

en su lecho albergó un escenario de intercambio con lo que pasaba en Europa y las noticias de los restantes territorios americanos. En este sentido, la historiografía argentina brinda un aporte sustancial a la hora de pensar esas relaciones. Si hoy por hoy es dificultoso imaginar el presente en términos de fronteras cerradas y naciones impermeables, cuanto más en el siglo XIX, tiempo de revoluciones y todavía inexistentes límites nacionales. Por ello, creo que el libro de Marcela Ternavasio, más allá de su calidad *per se* y de sus aportes a un tema concreto, tiene el atractivo de proporcionar para la mirada de las letras, el móvil ámbito de escritura que precede y administra el momento revolucionario, crucial laberinto, como ella señala en el subtítulo, en el que el terreno de la política se desarrolla pero también en el que impresos, cartas, documentos y memorias se dan cita en las primeras construcciones de nuestra literatura independiente.